

EN LOS ESCENARIOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LORCA

He estado otras muchas veces en Granada, y siempre hacía buen tiempo allí y todo era claro, acaso demasiado deslumbrante y bello. He estado incluso en Granada con la peor compañía que se puede tener en el mundo, rodeado de tipos que tenían por oficio el de matar legalmente, y que a última hora llegaron a amenazarme también de muerte por un quitame allá esas pajas, si es que se puede decir así. Pero Granada me seguía pareciendo amable, era una ciudad que seguía dándome confianza y placer.

Ahora he vuelto con la maleta, los bolsillos y el coche llenos de libros de Lorca y sobre Lorca, y entre ellos los últimos que se han publicado, en España y fuera de España, acerca de su muerte, de cómo murió y por qué y quiénes lo mataron, en lo poco que aún se sabe —hace ahora ya cuarenta años, los nuestros—; y después de recorrer paso a paso los escenarios de sus últimos días, sus últimas horas, tratando de recomponer en la retina el movimiento incontrolado o el pánico aterrizado de las distintas figuras que participaron en el drama, noto cómo un velo de pesadumbre y en cierto modo de desconfianza se va interponiendo irremediabilmente entre mis ojos y la visión que en lo sucesivo vaya a poder tener ya de Granada.

Nunca más podré ver ya con inocencia a esta ciudad, aunque las torres de su Alhambra se despeguen cada vez más, al correr los siglos, de las brumas que envuelven y corroen el Darro; aunque resalte con más fuerza el sol en el blanco puro del Albaicín, aunque en el corazón de la mayoría de sus gentes no habite más que la honradez callada y, en el de algunas, un largo sufrimiento. Lo impide justamente lo que no se ve de Granada, lo que no se deja ver y tanto pesa.

Es todo lo que más pesa y más sombrío está aún en la muerte de Lorca, lo cual se siente, por oscuramente que sea, y contando con los únicos datos y contradicciones que hasta ahora existen, al cruzar tantos umbrales que dan a tantas habitaciones y casas vacías y al pisar esos caminos de tierra tan pisada.

He vuelto ahora a Granada acompañando a Basilio Martín Patino, para tratar de encajar jun-

tos, en estos precisos escenarios lorquianos, y desde nuestra perspectiva española actual, una historia cinematográfica sobre la muerte del poeta, próxima a comenzar a rodarse, y seguramente en España, aunque se conocen ya diversos proyectos extranjeros también en marcha.

Buenos amigos granadinos,

Daniel Sueiro

como los actores Juan Matas y Andrea, y los periodistas Ladrón de Guevara y Ramos Espejo, entre otros, conocedores ellos mismos de ciertos pormenores inéditos de esta historia, nos evitamos muchas pérdidas de tiempo conduciéndonos desde el primer momento por las mejores direcciones y poniéndonos en contacto con personas que hasta ahora han permanecido calladas o no han hablado suficientemente, entre algunas de las cuales se observa una creciente y urgente necesidad de dejar por escrito sus testimonios o recuerdos de aquellos días y aquellos hechos; ya que, en cambio, otras de mejor pluma o de mayor papel en el drama no parecen dispuestas a hacerlo verdaderamente nunca.

Con todo, después de largas noches y más noches de recapitulación y trabajo sobre el papel, dolidos todos los huesos y literalmente helada el alma al regreso de duras jornadas tratando de reconocer los lugares donde todas aquellas cosas pasaron, de familiarizarnos con ellos para comprender cómo pasaron y tratar de convencernos de que en efecto pasaron así, contrastadas las múltiples lecturas y los datos de las más recientes conversaciones, lo único honesto es reconocer que siguen existiendo muchas zonas oscuras, otras totalmente vacías, algunas en las que sólo caben deducciones o interpretaciones más o menos lógicas, etcétera. Y esto ocurre incluso, todavía, después de tanto como últimamente se ha escrito con respecto al asunto más grave, es decir, el reparto de las últimas —o, si se prefiere, las penúltimas— responsabilidades en el crimen.

Tal vez resulte de algún interés, pues, tratar de reflejar aquí las

impresiones más vivas que se pueden experimentar hoy al recorrer —nosotros también— los últimos lugares que Lorca habitó, al situarnos en los paisajes que vio por última vez, todo ello al hilo de lo que se sabe y también de lo que se desconoce acerca de lo que allí ocurrió aquel abrasador mes de agosto de 1936.

En la Huerta de San Vicente

La Huerta de San Vicente es necesariamente el punto de arranque. La primera impresión que cau-

des bloques de pisos que la cercan por todas partes.

Aquí, cuando entre esta Huerta y Granada había una frontera de tierras de labor, de placidez y de silencio, llegó Federico en la mañana del 17 de julio de 1936, después de toda una noche de viaje en tren. Su partida de Madrid pudo estar perfectamente motivada por el clima de violencia que empezaba a respirarse allí; o por su deseo de sumarse, como otros años antes, a la celebración familiar del santo de su padre y del suyo propio, el día siguiente, 18. Pero tampoco debe desecharse sin más —por ninguna clase de hipócrita puritanismo fuera de lugar— la posibilidad, muy verosímil, tanto al menos como las dos anteriores, o a ellas añadida, de que su salida de Madrid, con el



Nadie ha vuelto a ocupar nunca la habitación de Federico en la Huerta de San Vicente. Sobre la cabecera de la cama, cubierta con una colcha blanca con flecos y borlas, un cuadro con una virgen de los siete pecados. A los pies —no se ve en la foto—, el cuadro pintado por Alberti, que representa "La Aparición de Nuestra Señora del Amor Hermoso al poeta".

sa esta pulcra casa de labranza, más que casa de campo, a quien no la ha visto nunca, después de haberla oído mencionar tanto, es la de su modestia, incluso en sus dimensiones. Perfectamente caleada por fuera, cerrada y escrupulosamente blanqueada por dentro, hoy es como un fantasma del pasado milagrosamente a salvo de la amenaza especuladora de los gran-

ánimo entristecido, tal vez despojado, fuera consecuencia de una grave contrariedad amorosa.

La señora, de mediana edad, rubia, muy guapa, que nos abre la puerta de la Huerta de San Vicente, no estaba aquí entonces. Vino hace pocos años con su marido, que está al cuidado de las tierras que fueron del padre de Lorca; la mayor parte de las cuales están



La Huerta de San Vicente es una modesta y pulcra casa de labranza en las proximidades de Granada, hoy cercada por la amenaza especuladora de los grandes bloques de pisos. Aquí llegó Lorca el 17 de julio de 1936 para entrar en el torbellino de la muerte. Antes de ir a esconderse a la casa de los Rosales vería, desde el balcón de la izquierda, la presencia amenazante de los sucesivos merodeadores.

situadas en el cercano pueblo de Valderrubio, y también algunas en Fuente Vaqueros, solar de la madre de Federico, segunda esposa del padre. A la Huerta de San Vicente vienen a pasar ahora pequeñas temporadas los actuales familiares. El encargado vive con su familia en la misma casa adosada que ocupaba entonces el anterior casero con la suya.

El interior de la casa parece que se encuentra más o menos como en aquellas fechas. Las mismas hamacas de madera, la misma tapicería en las sillas, las mismas tulipas en las lámparas, los mismos arcones, los mismos cuadros. Hay un retrato, poco conocido, de un Federico recién levantado de la noche, amarillo en su bata amarilla como de sanatorio, firmado en 1931 por Gregorio Toledo, que impresiona por los misterios que revela o quiere revelar, o tal vez

ocultar, acerca de sus profundos sufrimientos y sus grandes goces humanos unidos en una sola imagen. Un dibujo a todo color del propio Federico, boceto de decorado tal vez para alguna de sus obras, realizado sobre papel de envolver, cuelga en el vestíbulo. No está, en cambio, por parte alguna el piano, bajo el que se escondían los niños de esta casa al empezar los bombardeos aquel verano; parece que se lo han llevado a Madrid los familiares. Una vieja gramola sin bocina permanece muda encima de un soporte. Docenas de ejemplares del primer libro publicado por el poeta, **Impresiones y paisajes**, en 1918, llenan dos estantes de una librería nueva, por lo demás vacía, pero la mujer no nos permite que cojamos ninguno.

La habitación que era de Federico está en el piso de arriba, a la derecha. Vista desde fuera, corresponde al tercero y último balcón de la izquierda. El mobiliario es estricto, de caoba rojiza, dorada. Encima de la mesa o escritorio aparece colgado, seguramente como él lo tenía, el cartel de **La Barraca**; se trata, por cierto, de una minuciosa reproducción hecha recientemente, no del original ni de alguna de las impresiones realizadas entonces. Sobre la cabecera de la cama, cubierta con una colcha blanca con flecos y borlas, muy pulcra, hay una virgen de los siete puñales modestamente enmarcada. Y a los



Después de pasar dos días o dos días y medio en el interior del edificio del antiguo Gobierno Civil —hoy sede de diversas Facultades universitarias—, Lorca fue conducido hacia el cercano pueblo de Viznar. Ante la puerta del palacio del arzobispo Moosco —en la fotografía—, entonces cuartel general de las fuerzas del capitán Nestares, esperó dentro de un coche, en la madrugada del 19 de agosto, la hora de su fin.

EN LOS ESCENARIOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LORCA

pies, colgado en un rincón, firmado y fechado en 1924 por Alberti, el cuadro que Federico le encargara un día, "en el que se le viera dormido a orillas de un arroyo y arriba, allá en lo alto de un olivo, la imagen de la Virgen, ondeando en una cinta la siguiente leyenda: Aparición de Nuestra Señora del Amor Hermoso al poeta Federico García Lorca", como el mismo Alberti recuerda en *La arboleda perdida*. (Cuando lo visitamos en Roma, poco después de este viaje a Granada, Alberti nos dijo que desconocía el paradero de esta ingenua pintura, realizada para el amigo en el momento justo en que había decidido dejar de pintar—cosa que no haría nunca—, para ser sólo poeta.)

Nadie ha vuelto a ocupar nunca el cuarto de Federico en la Huerta de San Vicente. A través de esta ventana, a la que nos asomamos un día de comienzos de 1976 para comprobar que estamos cercados por miles de huecos de ventanas iguales abiertas en grandes paneles de cemento, García Lorca observó con creciente temor, aquellos últimos días de julio, la presencia amenazante de los primeros merodeadores. Alguno de esos árboles que ahora vemos delante de la casa, y a cuyos pies picotean las gallinas, es el mismo al que ataron al casero para golpearle, a la vista de Federico, que sería golpeado él mismo al protestar por lo que estaba ocurriendo, como más tarde sería golpeado también en esta casa su padre, por otra pandilla distinta.

En la casa de los Rosales

La casa de la familia Rosales, en el número 1 de la calle Angulo, en el mismo centro de Granada, a donde Luis Rosales llevó a refugiarse a Lorca el 9 de agosto, está en obras el día en que entramos en ella, hace escasas semanas. Nos movemos en el típico patio sobre montones de escombros, entre polvo y ruidos de martillos y sierras. La casa ha sido vendida por sus antiguos dueños, y los nuevos, que al parecer van a tratar de conservar lo fundamental, la están adaptando para que en lo sucesivo sirva de residencia o pequeño hotel, en el que haya un buen bar. Recogemos entre los escombros viejas fotos aún enmarcadas, fechada alguna

de ellas—como la de un gran grupo cívico en la que seguramente figura algún miembro de la familia—aquel mismo verano de 1936. Quedan algunos muebles de la época, una sobada pámela blanca, pequeñas estampas religiosas. El maestro de obras nos dice que ayer cargaron un camión de escombros, entre los que se fueron montones de polvorientos papeles y viejas fotografías.

Con las reformas que se están efectuando en la casa—amén de las ya efectuadas antes—, se borrarán para siempre del pomo del pasamanos, de los desconchados de las paredes, de los visillos decaídos y muertos, los últimos vestigios, ya que no totalmente los recuerdos, de lo que aquí pasó también aquellos pocos días. Desaparecerá la referencia al lugar donde los hermanos Rosales y otros jóvenes falangistas amigos dejaban sus armas, al llegar del frente, antes de sentarse a comer todos juntos, porque al amigo que tenían allí, no escondido, puesto que se sentaba con ellos a la mesa, le daba pavor la mera visión de aquellas armas. Se olvidará el sitio en que Federico se sentaba a tocar el piano y a contar sus viajes por distintos países americanos a las mujeres de la casa. Y si queda en el

patio la columna de mármol en que Ruiz Alonso apoyó el hombro o el pie, mientras esperaba a que el poeta bajara, tomando una taza de café o de chocolate, cuando vino a detenerlo, en un momento en que no había en la casa ninguno de los seis hombres de la familia—hasta la aparición de uno de ellos—, ya no se sabrá bien cuál de ellas fue.

Asomado a una de las ventanas del piso de arriba, mirando a la angosta calle, comprobó Lorca el despliegue de fuerzas que traían para llevárselo, en una absurda operación de gran calibre, como si se tratara de un peligroso guerrillero o un avezado especialista en fugas.

En el antiguo Gobierno Civil

El Gobierno Civil, a donde se lo llevaron de inmediato, estaba tan cerca—en la calle Duquesa— que se puede llegar andando en pocos minutos, pasando por la plaza de los Lobos, donde hoy permanecen esperando los "jeeps" y los coches antidisturbios de la Policía Armada, y un poco más allá por delante de la Comisaría de Policía, que también entonces se encontraba allí.

Aunque al parecer algo reformado, el edificio está dedicado en la

actualidad a albergar diversas Facultades universitarias. Grupos numerosos de estudiantes cruzan sus patios, o bien permanecen apiñados en los pasillos delante de la puerta de algún aula. De techos muy altos, el ambiente en el interior es aún hoy frío y desabrido. A través de algunas de las ventanas que dan a estos patios, según le contaron a Ian Gibson, como recoge en su libro, se oían los gritos de los torturados, y de algunas de ellas se tiraron abajo en aquellos días algunas personas para librarse de la tortura.

Las escaleras son amplias, propias de lo que se puede llamar arquitectura oficial. Al comienzo de la escalera de la entrada, le dieron los primeros culatazos a Lorca. Por ellas subían y bajaban febriles aquellas primeras semanas gentes uniformadas y de paisano. Tal vez en alguno de estos bancos fue donde se sentó abatido Falla cuando vino a preguntar por su joven amigo e interceder por él, y ahí sería donde lloró al oír que ya no estaba allí... Alguna de las aulas, hoy transformadas, a la que da cualquiera de estas puertas, habrá servido de despacho al comandante Valdés, el gobernador civil, cuyo nombre campea en la placa de una calle en el centro de la ciudad, aun después de haber sido cesado de su cargo por los excesos en que incurriera en su frenética actividad represora.

A ese mismo despacho llegó con su indignación, su pistola y su propia autoridad uno de los hermanos Rosales, en busca del huésped y amigo que le habían arrebatado de su casa, al parecer incluso con una orden de libertad firmada por el gobernador militar de la plaza, lo que debería ser suficiente en aquellos días para mandar fusilar a quien se negara a cumplirla, a no ser que todos estuvieran locos o se hicieran los locos, aparte del lenguaje cafetero que Valdés intercambiara con Queipo de Llano, en Sevilla, a través de la radio.

En alguno de estos despachos, oficinas o aulas permaneció encerrado Federico durante dos días o dos días y medio, entre el de su detención, 16 de agosto—ese mismo día fusilaban, entre otros muchos, a su cuñado Fernández Montesinos, alcalde socialista de Granada durante poco más de diez días—, y pocas horas antes de su muerte, casi con entera seguridad el 19. Allí estuvo ese tiempo a pesar de todas las negativas en contra, sin que al parecer eso lo supiera nadie, ni sus amigos más íntimos, y ya no en todas estas décadas en que el misterio siguió cre-



Estas destaraladas edificaciones aisladas en medio del campo, entonces conocidas por "La Colonia" y que hoy llevan el nombre de "Villa Concha", conocieron el peso de numerosos condenados a muerte en los primeros meses de la guerra, con Lorca entre ellos. Algunos miembros de las llamadas "escuadras negras" viven todavía en Granada, según diversos autores.

ciendo y la historia confundiendo, sino en aquellos mismos días, hasta que vino el irlandés Gibson y se le ocurrió preguntarle a la sirvienta que tenían entonces en casa los Lorca, Angelina, que más de treinta años después recordaba aún muy bien cómo lo viera varias veces, durante aquellos días, dentro de una de aquellas habitaciones, en la que no había más que "una mesa, un tintero, una pluma y un papel", cuando ella le llevaba allí "el café en un termo y un cesto con una tortilla y tabaco", aunque "él no quería comer nada, no comía nada". También la anciana Angelina se murió hace unos meses.

En el cementerio de Granada

Lo mismo que hiciera Gerald Brenan a su regreso a España, al final de los años cuarenta, cuando vuelve a Granada en busca de la tumba de García Lorca para "dejar sobre ella una corona de flores", subimos también nosotros hoy la empinada y sombría carretera que conduce a la Alhambra y también al cementerio de Granada. Los dos en lo alto, ambos con Granada al fondo, en perspectivas muy semejantes; frágil reino perenne del arrayán y del agua viva, corriendo en libertad, al lado del aire estancado y muerto en remolinos sobre la ciudad de la muerte.

Ahora, al pasar frente al viejo hotel Washington Irving, en lugar de escuchar las antiguas y románticas leyendas que en otras ocasiones nos salían al paso, creemos oír el gemido de los motores de los camiones llenos de víctimas que aquí cambiaban de marcha y despertaban a los espantados clientes, que "se tapaban la cabeza con las mantas cuando sonaban las fatídicas descargas".

No está en este cementerio la tumba de Lorca, sino en otro lugar, como empezó a saberse después de aquel viaje de Brenan y se sabe ahora con mayor certeza, después de viajes e investigaciones posteriores, al frente de las cuales hay que situar las de Ian Gibson.

Aquí, en el cementerio de Granada, están las tumbas de algunos otros personajes del drama, de muy diversa y aun opuesta significación algunos de ellos. Hay en él bloques enteros de pequeñas viviendas para muertos, barrios residenciales poblados de grotescas construcciones de mármol de todos los estilos y tamaños, escarpados solares de modestas tumbas abiertas en la tierra y sin cubrir.

En un gran patio que reúne a los



La acequia trazada por los árabes y que hace correr el agua del manantial de Fuente Grande a lo largo de todo el valle, nace cerca del lugar en que enterraron a Lorca, con su corbata de lazo, "de esas que llevan los artistas", y su negro cinturón con hebilla de plata. El lugar exacto se conoce perfectamente en Granada y también lejos de allí.

murieron por uno de los lados, perdido en medio de filas interminables de pequeñas lápidas unas sobre otras, yace, por ejemplo, el hombre que durante unos meses tuvo todo el poder sobre las vidas de los granadinos, que él ejerció a fondo, el comandante José Valdés Guzmán, comisario de guerra y gobernador civil, muerto a los cuarenta y ocho años de edad, el día 5 de marzo de 1939.

En otro lugar, igualmente perdido en medio de otras gentes, está enterrado Manuel Fernández Montesinos, de treinta y seis años, que fuera alcalde socialista de Granada, fusilado el 16 de agosto de 1936, el mismo día en que van a detener a su cuñado García Lorca a casa de los Rosales.

Y en un lugar más perdido, sobre un montículo, oculto tras cuatro paredes de mediana altura, está el osario, fosa común en la que se amontonan los huesos de varias generaciones de muertos sin nombre. Hace veinticinco años, Brenan consiguió que un sepulturero le abriera el candado de la cancela de hierro. Entró y se asomó al borde de la horrible fosa.

En la imagen que ahora podemos reconstruir, puede quedar simbolizado el desagrado, la repugnancia, el aburrimiento al menos que a Brenan iba a causarle en lo sucesivo ahondar en el estudio de nuestra Historia contemporánea, tarea que decidió abandonar después de lo visto y publicado en *La faz actual de España*, para dedicarse a otros trabajos de mayor pureza y trascendencia, como la jardinería o el conocimiento de la vida y la poesía de San Juan de la Cruz.

El sepulturero escogió, de entre la enmarañada pirámide de huesos y trapos negros, unas cuantas calaveras, y las mostró al escritor inglés para que viera claramente en ellas los agujeros dejados por las balas. (El mismo volvió a contarnos personalmente a Patino y a mí, entre otras muchas cosas, en su actual retiro de Alhaurín el Grande, a 30 kilómetros de Málaga, al abandonar Yegen tras la muerte de su mujer. Allí lleva ahora la vida que a uno le gustaría llevar, de llegar a los ochenta y un años, sin un solo centímetro de su larga estatura encogido, escribiendo seis horas diarias al amanecer y cuidando la huerta cuando anochece, batiendo más que ninguno de cuantos van a visitarle, y todo ello en la dulce, amorosa campaña de Linda, sea o no ella su sobrina, un bello ejemplar de las nuevas generaciones liberadas, que además tradujo mejor que nadie al inglés los poemas de San Juan de la Cruz.)

Volviendo al otro paisaje, el de las tumbas abiertas y su "curioso olor dulzón", también Gibson llegó a asomarse a la fosa infernal del cementerio granadino, veinte años después de que lo hiciera Brenan y cinco antes de hacerlo también nosotros, para encontrarnos prácticamente lo mismo.

Desde lo alto de uno de los muros fotografió Gibson el impresionante montón de huesos, y esta imagen figuró en la portada de la primera edición española, publicada por Ruedo Ibérico, de su famoso libro *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de García Lorca*; aunque él nos dijo recientemente en Roma, donde

acabamos de conocerle también, que se había tirado abajo, al ruedo de las calaveras, y no sólo él, sino también su valerosa mujer y su no menos aguerrida suegra, que le acompañaron durante toda su investigación en Granada. Vigoroso e irlandés, con el documento-escrito o el testimonio-directo como únicas devociones en su trabajo, pero imaginativo en cuanto a tácticas, tenía medio planeados rocambolescos secuestros de documentos y raptos de personas, con cuyas evidencias pudieran completarse al fin los vacíos o tiempos muertos que aún quedan en la historia; pero afortunadamente acabó riéndose de sus propias ideas en esta dirección, y siguió otra, la única posible, aunque tampoco exenta de riesgos, por insuficiente que aún sea. (También Eduardo Castro, que en *Muerte en Granada: la tragedia de Federico García Lorca* sigue casi constantemente a Gibson, propone con bastante ingenuidad que se obligue a hablar a las personas aún vivas que tomaron parte en los hechos y saben la verdad, empezando por Ramón Ruiz Alonso y José María Nesteres, que en la actualidad viven en sus respectivas casas en Madrid y Granada.)

Las paredes que ocultan el terrible espectáculo tienen entre dos y tres metros de altura, y en la actualidad están coronadas por una cenefa de hirientes trozos de cristal, en su mayor parte. Cogimos para asomarnos a ese infierno una de las muchas escaleras de mano que en el cementerio de Granada están curiosamente recogidas en haces en torno a troncos de árboles o columnas del tendido eléctrico, atadas con cadenas o cuerdas. Y la visión de lo que allí hay todavía es de las que echan literalmente para atrás, si es que antes no le hace desvanecerse a uno ese olor viejo y penetrante, nunca conocido.

También nosotros hacemos fotos. Los largos huesos de las tibias se entrecruzan en la enorme fosa sobre otros montones de huesos más pequeños, y por entre todos ellos hacen notar su presencia las rotundas o descarrilladas calaveras. Tirones ocreos o negros de ropas apergaminadas se amontonan en el centro, entre un montículo mucho mayor de huesos, por un lado, y, por otro, la increíble presencia de figuras momificadas, aún no totalmente esqueléticas, recubiertas de sudarios blancos o negros, descabezadas algunas de ellas; figuras sentadas en el suelo sobre la fiesta de calaveras y tibias o bien con las espaldas ligeramen-

EN LOS ESCENARIOS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LORCA

te apoyadas en la roja tierra del borde de la fosa, resbalando hacia abajo y pudriéndose.

Esperando en la plaza de Víznar

En algunas de las paredes exteriores o tapias del cementerio de Granada se pueden ver aún desconchones y orificios de los dejados por los impactos de las balas, huellas de las ejecuciones habidas aquí hace cuarenta años. Pero a partir de Brenan, a finales de los cuarenta, ya se supo que no fue aquí donde acabaron con Lorca, sino fuera de la ciudad, aunque en sus cercanías.

Seguimos, pues, hacia el pueblo de Víznar, y nos detenemos en su plaza, al lado de la fuente, de la que mana agua abundante, frente a la puerta del palacio del arzobispado Moscoso. Y aunque el pueblo aparece medio desierto, y la poca gente con que nos cruzamos no resulta muy comunicativa, sino más bien un tanto recelosa, ahora es mediodía, luce un sol espléndido y nosotros somos unos pacíficos turistas, sólo un poco demasiado curiosos.

Aquella madrugada del 19 de

agosto de 1936, el coche en que trajeron a Lorca permaneció detenido en esta plaza durante varias horas, como hipótesis más probable. Lo tenían amarrado con otros detenidos, tres por lo menos: el maestro de Pulianas, pueblo cercano, un hombre cojo llamado Dióscoro Galindo González, y dos banderilleros sin mucha fama, Joaquín Arcollas Cabezas y Francisco Galadí Mergal. Federico sentía frío, a pesar de que sudaba, y se quejaba.

Por el amplio portalón del palacio arzobispal, convertido entonces en cuartel general del mencionado Nestares, capitán y camisa vieja, y cuyas amplias hojas de madera claveteadas empujamos ahora nosotros, entran y salen, haciendo resonar sus botas, mensajeros que portan en la mano los papeles firmados con las últimas órdenes. Ni de día ni de noche cesó durante meses la actividad aquí dentro, una actividad para la que seguramente no estaba pensado el recoleto claustro de doble arcada en cuyos fondos pueden verse, aún hoy, los restos descoloridos de unos frescos que representan diversas escenas del "Quijote", o los huecos de las hornacinas donde debieron permanecer entronizadas, dudosas imágenes, todo ello en torno al plácido dibujo de los mirtos, los cipreses y las fuentes.

Entonces, ahí fuera, junto al

murmullo del agua, atado a otros desdichados, todos en silencio, tenemos a Lorca esperando. Y tal vez esperando ya la muerte, pues entre las cosas que ignoramos está en primer lugar la de saber si él llegó a conocer, mejor que nosotros ahora, aun después de tanto tiempo y de tanta tinta vertida, las razones por las que llegaba a aquel trance, sinrazones con las que acaso Valdés o cualquiera de sus siniestros esbirros de las "escuadras negras" —algunos de los cuales viven todavía en Granada— pudieron estar martirizándole durante las horas o los días en que lo tuvieron secuestrado, y sobre las que ni historiadores ni necios de un solo registro han cesado de especular hasta ahora. Pero que, en todo caso, legitimarían en aquel momento el derecho de Lorca, como el de cualquier otro hombre, a poseerse de todas las caras del miedo.

Conociendo la personalidad subyugadora y mágica, irrepetible, inimitable de Lorca; su loca alegría de vivir y su risa, como nos lo recuerdan cuantos lo conocieron —aunque su sima más profunda fuera otra, como dice Aleixandre—; sabiéndolo así, esa escena, con un Lorca próximo a cumplir los cuarenta años, y mucho más la siguiente, en que la figura desvalida y vacilante camina por el polvoriento camino, al borde del

barranco, en busca del recodo que señalan las puntas de los fusiles, resultan enteramente insoportables y aterradoras.

"La Colonia" y la tumba

Quedan atrás, medio ocultas por los desniveles del montuoso terreno y los árboles, las destartadas edificaciones de "La Colonia" última etapa del viaje de aquellos condenados a muerte. Las amarillas hojas de una parra suben a cubrir los azulejos sobre los que escribieron el nombre actual de la casa: **Villa Concha**. Llamamos y nadie responde. Ni un alma en todo el valle. Pero el aspecto de abandono de esta vieja prisión, de la que aquel año se salía hacia la muerte, colonia veraniega infantil con anterioridad y aún hoy punto de vacaciones de varias familias que se reparten el alquiler de las habitaciones, queda desmentido por la presencia, a la puerta, de la inevitable bombona de butano y de la mano que, tras una de las ventanas, mueve casi imperceptiblemente un visillo.

La acequia trazada por los árabes y que hace correr el agua del manantial de Fuente Grande a lo largo de todo el valle, bordeando lomas o perforándolas, nace cerca del lugar en que enterraron a Lorca, con su corbata de lazo, "de esas que llevan los artistas", y su negro cinturón con hebilla de plata. En la misma tumba enterraron al maestro cojo, y en otra, a los dos banderilleros, también juntos.

Es una tierra reseca entre olivos. Toda la zona estaba llena de montículos cuando Brenan estuvo aquí en 1949, y a la cabeza de cada uno de ellos dice que se había colocado una piedra: "Comencé a contarlas, pero abandoné la empresa cuando vi que se trataba de cientos". Luego quitarían las piedras, y la lluvia iría allanando el terreno, hasta que llegó un momento en que las tumbas, en lugar de verse por su relieve, se distinguían por las depresiones que marcaban aquí y allá. Hoy es difícil apreciar nada de esto, aunque el lugar justo en que yace García Lorca se conoce perfectamente, en Granada y lejos de allí.

Lo que pasa es que, de modo parecido a lo que ocurrió con la Huerta de San Vicente, también los constructores de chalets y urbanizaciones se están echando en estos momentos sobre la tumba de Lorca, pues es proverbial en toda Granada la belleza paradisíaca del lugar, lo cual es cierto si se ve de día y no por última vez. ■ D. S. Fotos del autor.



La fosa común del cementerio de Granada puede verse así desde lo alto de los muros que la circundan. Aquí le mostraron a Brenan calaveras con los agujeros dejados en ellas por las balas; Gibson también se asomó a este ruedo infernal. El espectáculo puede ser prácticamente el mismo hoy que hace décadas. Y el mismo olor viejo y penetrante, nunca conocido.